

MIA  
—EL—  
MISTERIO



DE LA

NOVIA

ASTRID DE MONROY





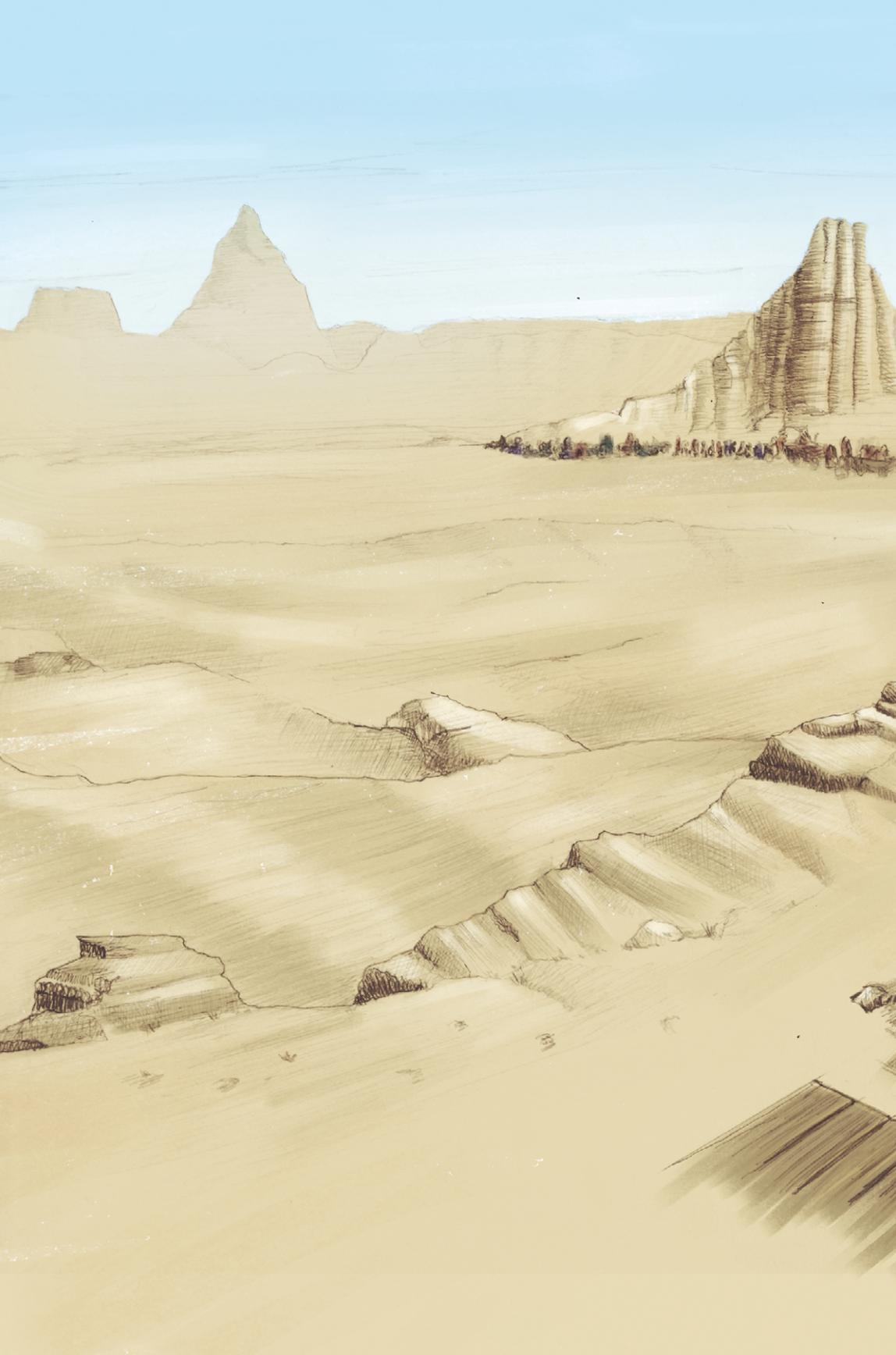


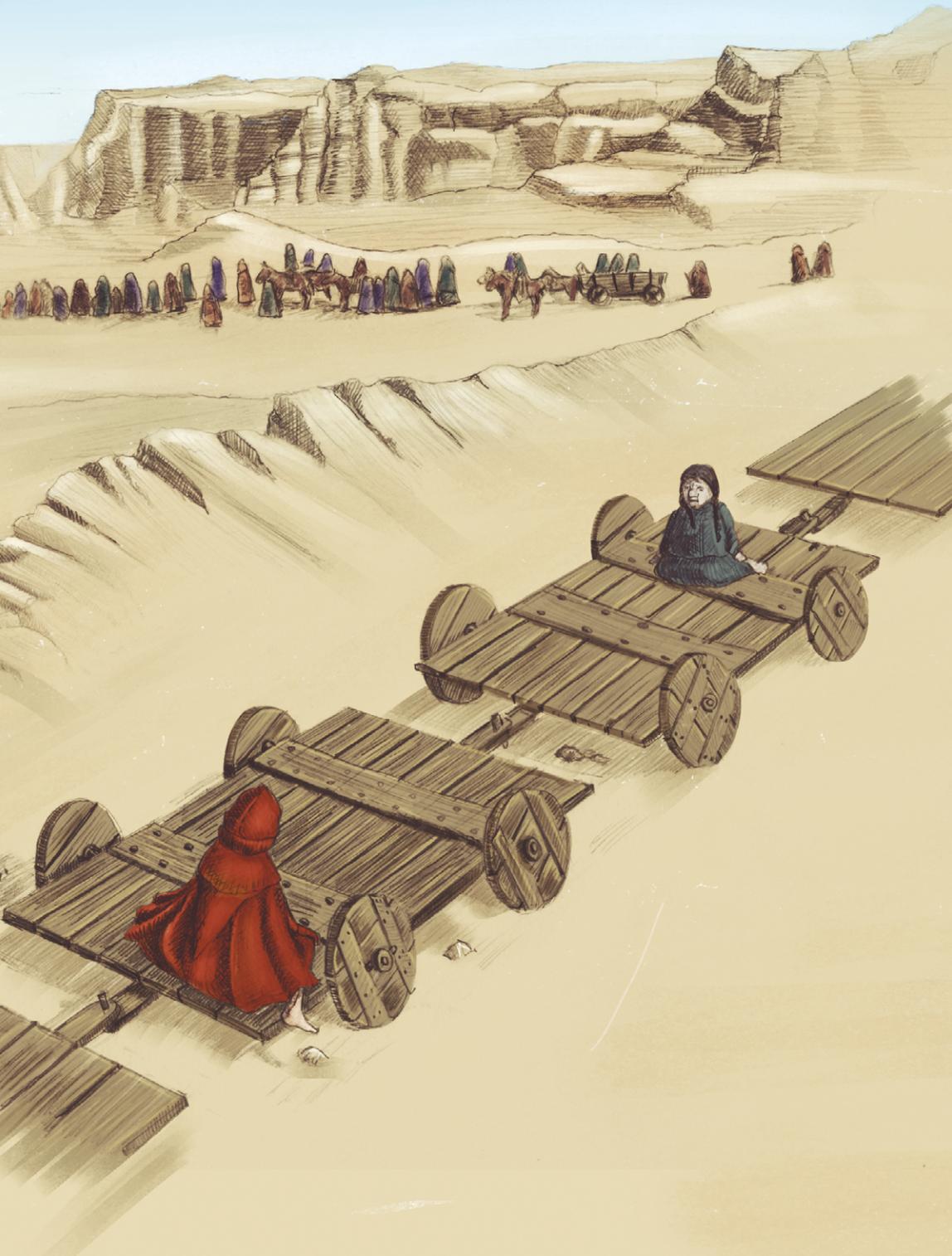
# LA VISIÓN



na calidez agradable me abraza en esta larga caravana, tan larga, que no logro ver dónde inicia ni dónde acaba. Atravesamos el desierto, pero el clima es extrañamente fresco. Somos muchos los que avanzamos lentamente en los carretones que se alejan de esa ciudad terrible que aún podemos ver en la lejanía a la izquierda del camino, con sus atalayas, antorchas humeantes, puertas oscuras de madera y hierro que encierran maldad, perdición y desconsuelo.

¡Damos gracias porque pudimos escapar! A pesar de que allí adentro nos decían lo contrario, ¡sí hay salvación para quienes buscan salir de la sombra y correr hacia la luz! Estoy agotada por la batalla, he dormido poco, pero la promesa de mi Amado me tiene emocionada, expectante. De algo estoy segura, ha terminado una larga etapa que ha sido difícil. A lo lejos también veo mi hogar, la imponente peña que resguarda mis recuerdos, mi vergel, mi viña. Mis ojos se nublan con lágrimas de nostalgia que también son de esperanza.





Súbitamente, llega a mí ese aroma a lirios que me sorprende una y otra vez desde mi infancia. Es como si una nube invisible se apoderara del ambiente. Siento de nuevo esa presencia amorosa que inunda todo, que me da paz y seguridad, me da confianza en que nada ni nadie puede lastimarme.

¿Eres tú, Protector? Incluso en medio de este paisaje árido que nos rodea, se percibe la frescura de tu presencia. ¿Protector? ¿Dónde estás?...

Mientras con mis ojos busco a Protector, mi mente comienza a traer recuerdos, que parecen un sueño, no se ven reales, pero sé que lo fueron. Mi mente es un torbellino de eventos que vienen presurosos a tomar vida en mí.

En medio de esos recuerdos, escucho sonrisas infantiles, voces relajadas, rítmicas, que conversan a mi alrededor. Cierro los ojos mientras mi cuerpo, poco a poco, se desembaraza de la tensión. Creo que me quedé dormida. Cuando esa presencia me envuelve, suele suceder. Mi pie desnudo languidece al filo del carretón y el roce de alguien que pasó cerca, me hizo reaccionar. Un grupo de niños corretea aquí y allá. La caravana avanza despacio, con la cadencia propia de un largo pero anhelado viaje.

¿Y por qué esa anciana me mira fijamente? ¡Ah!, es la misma que me veía anoche frente a la fogata. Sé que estoy algo desaliñada, pero... ¿será para tanto? No desprende su mirada de mí, como si quisiera decirme algo. Intento sonreírle, pero no sé si ella alcanza a ver mis

labios. Me traspasa con su mirada. Mmm, creo que la he visto antes... esos ojos profundos y su cabellera gris recogida en dos trenzas, me son familiares.

Estoy tan cansada que no quisiera conversar, pero parece que ella desea hablarme. Sin embargo, decido envolverme en mi capa. El aroma a lirios que endulza el ambiente me adormece, me hace sentir segura. Me hace pensar en mi Amado, esa sensación de su presencia en nuestro lugar secreto. Me hace pensar en mi hogar, la viña, mis padres... ¡qué dulces recuerdos!

No sé si pasan segundos, minutos o talvez horas. El tiempo ya no importa. Sé que vamos al lugar correcto, donde el Rey de Luz nos dará la bienvenida. Siempre que nos alejemos de esa ciudad donde se escuchan lamentos y crujir de dientes, estaremos bien. ¡La pesadilla terminó!

La anciana sigue ahí, al otro extremo, sentadita sobre sus rodillas, buscándome con su mirada una vez más, pero creo que ha entendido mi actitud y solo me ve, como intentando cubrirme con sus ojos.

Escucho murmullos a mis espaldas. ¿Qué dicen? ¡Ah!, son las hermosas jóvenes acompañantes de Séfora, a quienes ayudé en el último momento, en las puertas de la muralla, mientras se cerraban lenta y pesadamente. Si no tomo del brazo a la pelirroja y la ayudo a levantarse, se hubiera quedado atrapada. Sus amigas gritaban por ayuda. La rubia y la morena la recibieron con abrazos.

No creo que sean hermanas, son muy diferentes, pero seguro vivían juntas y sus bellos vestidos revelan que no eran parte del pueblo. Aunque todos huimos por la misma razón, cada uno sufrió su propia pesadilla. En medio del caos no identifiqué dónde lograron acomodarse, pero ahora veo que vienen en el carretón de atrás.

Se acerca un jinete, y mientras el galopar de su caballo se escucha más cerca, mi corazón se acelera al ritmo de su trote. Mi mente me juega una mala pasada y mis pensamientos van más lentos que mi emoción. Cada músculo de mi cuerpo se tensa, ¿es hora de blandir de nuevo la espada? ¡No!, esa presencia que me envuelve con amor se hace más intensa. No lo entiendo. ¿Es realmente Él? ¡Es Él! ¿Es mi Amado? No estoy segura, ¿puede por fin ser una realidad?

Escucho su voz que hace reír a todos, especialmente a las tres hermosas jóvenes, ataviadas con sus joyas de oro, con brazaletes y aretes diseñados con esmero, tienen su maquillaje intacto que resalta su belleza y juventud. Ellas intentan llamar la atención de él con miradas y sonrisas que lo distraen, mientras sigue avanzando; ¡aún la anciana se ruboriza ante su presencia y parece disfrutar de sus palabras!

¡Me sonrojo! Me estremezco como si me tomara entre sus brazos y apenas siento que pasa a mi lado. ¿Qué me mueve a cubrirme más, en lugar de hacerme notar? ¡Sé que ya no soy la bella joven de veinticinco años! Mi piel se marchita, mis fuerzas no son las mismas. El tiempo ha pasado. ¿Acaso eso me avergüenza? ¡Quizá!

Pero me emociona saber que Él me ha encontrado en medio de toda esta multitud, sé que no necesita que le diga dónde estoy, Él lo sabe todo.

Parece que, al pasar junto a mí, intencionalmente se detiene y yo siento que mi corazón va a estallar. ¡Es posible que sí sea yo la escogida! Cuando está tan cerca que entre el capuchón de mi capa veo las patas blancas de su hermoso corcel, intento levantar la vista, pero tan solo alcanzo a ver su fuerte espalda y su amable perfil, que me muestra una sonrisa de picardía, que esconde un mensaje.

La rueda del carretón tropieza y pierdo el balance. Voy directo al suelo pedregoso, pero mi cuerpo queda como suspendido en el aire durante unos segundos, en los que siento que una presencia tierna y delicada me sostiene y me devuelve a donde estaba acurrucada. ¡Es mi Amado! ¡Lo sentí tan real como nunca antes! Su calor, su fuerza me arropa como un enamorado que no quiere soltar a su novia.

¿Será casualidad que Él estuviera precisamente allí en ese momento, para evitar que yo cayera? Parece que mi corazón se sale de mi pecho. Sentí su fuerza protectora que me devolvió a mi sitio con ternura y delicadeza, ¡aunque no rozó mi piel!

¿Será Él realmente? ¿Seré yo la escogida? ¿Cómo puedo comprobarlo? ¿Qué pasaría si de nuevo estuviera a punto de caer? ¿Me volvería a rescatar? Pareciera que Él lee mis pensamientos, porque, no he terminado de hacerme esas preguntas... ¡cuando vuelvo a perder el

equilibrio! Él, otra vez, amoroso, ¡me sostiene y acomoda en mi lugar!

En ese momento la desorientación y el cansancio desaparecen. Estoy emocionada porque mi Amado está pendiente de lo que me sucede, me cuida y protege. Me siento tan privilegiada, Él, rey soberano, ¡se fija en mí!

Yo, Mía, la niña frágil, la joven resuelta, la mujer con sueños y esperanzas, la guerrera que cuida de otros; ahora disfruto de ese intenso amor sobrenatural, que me hace sentir el ser más especial sobre la tierra.

Súbitamente, gritos de auxilio me vuelven a la realidad. “¡Auxilio, auxilio! ¡Ayúdenos!” claman desesperadas desde un carretón que se acerca a la caravana. Son mujeres: niñas, jóvenes y adultas vestidas de blanco. Las mujeres adultas tenían sus vestidos y sandalias de hermoso lino y organza con mil detalles bordados, que lucen desgastados, percutidos, como si llevaran días con la misma ropa.

Las niñas, en cambio, estaban hermosas; las margaritas, rosas blancas y gerberas, coral de las guirnaldas en su cabeza están lozanas, ellas se ven listas para ser parte del cortejo de una boda, con sus vestidos blancos. Sus peinados con bucles son hermosos. ¡Eran el deleite del cortejo nupcial de alguna aristocrática pareja de novios!

Ellas intentan integrarse lo más rápido posible a la caravana que se dirigía a las bodas. Las mayores cargan

a las pequeñas que lloran aterrorizadas. ¿Qué sucede? ¡No lo sé, solo hay confusión y angustia alrededor! Pero no me dejo llevar por el miedo... instintivamente, salto de mi carretón para alcanzarlas y ayudarlas a integrarse a la caravana.

Muchos hacen lo mismo, así que avanzo para llegar hasta la última mujer que carga en brazos a una pequeña de unos cinco años, que se quedó rezagada. Parece que es su hija, porque tienen los mismos rasgos: piel aceitunada, bucles largos azabache y ojos claros.

El terreno pedregoso, de nuevo nos juega en contra... y la mujer se tropieza. Ella y la pequeña caen estrepitosamente. ¡Las veo caer y me apresuro para auxiliarlas! ¡No alcanzo a llegar a tiempo! ¡Su pequeña cabeza sangra! Se ha lastimado mucho. No pierdo el tiempo y ayudo a la madre que está más angustiada por las heridas de su hija que por la suyas. Cada una de nosotras corre con una niña y alcanzamos a la caravana.

No es sino hasta que las dejo a salvo, que me fijo con tristeza en mi ropa. Al arrodillarme, ¡me ensució con lodo! Mi corazón se aflige porque no quiero que mi Amado me vea así. Sé que es importante mantener limpia mi ropa. Incluso en la batalla y la carrera por salir de la ciudad amurallada, procuré envolverme en mi capa para no ensuciarme... ¡pero ahora estaba cubierta de lodo!

Lloro sin consuelo, como si estuviera en un funeral, frente a la tumba de un ser querido; siento que desfallezco, que caigo en un pozo sin fondo, de tan solo

pensar que Él ya no se fijará en mí, que no valió la pena todo mi esfuerzo por mantenerme limpia para mi Amado. Siento tanto dolor... mis lágrimas fluyen sin parar.

Entonces, la anciana rompe el silencio con una dulzura que me recuerda a mamá. ¡Sus palabras suenan como notas musicales que pacientemente brotan de hermosos címbalos!

—¿Por qué lloras? ¿Por qué se inquieta tu alma?

— ¡Ensucié mi hermoso vestido! —Le respondo con una tristeza que incluso a mí me sorprende, pero me ha parecido una pregunta ridícula frente a mi evidente desgracia.

—¡No te preocupes! ¡Todos aquí sabemos que Él te ama a ti más que a nadie!

Su rostro nunca dejó de sonreír y pensé que se burlaba de mí, pero, como adivinando mi pensamiento, me aseguró:

—Oh mi niña, no llores, no se entristezca tu corazón... ¿No te has dado cuenta de que Amado no tiene ojos para nadie más que para ti?— Intento asimilar aquellas palabras tan hermosas que me llenan de una nueva esperanza, porque, a pesar de todo, ¡pareciera ser que sí soy la amada, la escogida!

Aún no tengo la certeza. Por eso la duda me visita constantemente, insiste en volver a mi mente. Han pasado

tantos años... y en ese tiempo he visto a otras hermosas jóvenes que también tienen la misma esperanza. Eso me confunde. Luego de ver pasar primaveras, otoños, inviernos y veranos, me siento desilusionada... sin embargo, Protector me ha enseñado a jamás perder la fe y enfocarme en las necesidades de otros.

Mi pasión, mi amor, mi juventud han sido bien invertidas en ayudar a los demás. Juntos tenemos el sueño de ser libres y disfrutar la paz infinita. Esa esperanza nos sostuvo y nos mantiene con vida.

A medida que pasan los años, mi corazón se acostumbró a oír su voz y a sentir su presencia tan cerca... ¡que es imposible vivir sin Él! Lo único que mantiene viva mi esperanza, es el deseo de verlo y, descubrir en sus ojos, el amor que siente por mí.

¡De pronto, inesperadamente, me impacta una fuerza descomunal que me hace caer al piso del carretón! ¡No veo a nadie! ¡Siento unos poderosos y enormes brazos rodeándome! ¡¿Protegiéndome?! ¡¿De qué, de quién?! ¡No veo nada más que sombras y confusión! Allí posada sobre mi brazo izquierdo, mi mejilla roza la madera vieja y áspera del carretón y mi capa ha cubierto mi rostro, ¡no me permite ver lo que sucede!

¿Qué provocó esta situación? ¡Percibo movimiento alrededor del carretón! La respiración de ese ser que me protege con su cuerpo, se agita. ¡Su rugido amenazante es el de un león que quiere proteger a quien ama! ¡Un león gigante y fuerte! ¡Una presencia que me cubre como si me rodeara una muralla!

Sé que su deseo es resguardarme, evitar que me hagan daño. No siento miedo a su poder inmenso, sino a lo que me acecha y desea lastimarme. Me vuelvo un ovillo humano. Nadie podría distinguirme envuelta en mi capa. Cuando me atrevo a entreabrir los ojos y giro un poco mi cabeza hacia arriba, logro ver sus musculosos e imponentes pectorales, con sus brazos como rocas sobre mí. ¡Su rugido atemorizante se dirige a un enemigo que no logro distinguir y mi corazón palpita fuerte, seguro y confiado en Él!

